

REFLEXIONES

COMPRENDER SIN CLAUDICAR, ACTUAR PARA CONVIVIR¹

ÁNGEL GABILONDO PUJOL

Defensor del Pueblo

-

Es importante atender a lo que pasa, pero es preciso lograr que, en su caso, pase algo otro, y considerar asimismo lo que nos pasa.

Bien sabemos que la paz no es solo la ausencia de guerra. Pero, tal y como están las cosas, conviene subrayar lo evidente: con guerras no hay paz. Reivindicarla se considera una ingenuidad, una injerencia, una posición política partidista. ¿Reivindicar la paz precisa dar explicaciones?

Por lo que algunos dicen, estamos perdidos, no hay nada que hacer. Y, sin embargo, frente a este catastrofista discurso, el de quienes se amparan en que sólo cabe claudicar, es espectacular comprobar hasta qué punto tantos hombres y mujeres persiguen, luchan, inciden y coinciden lejos de toda claudicación. Tamaños esfuerzos colectivos y la permanente labor singular y personal abren expectativas en tiempos en que todo parece clausurado.

Si asintiéramos a los agoreros que se hacen portavoces de un supuesto realismo, sólo cabría la rendición. Sin embargo, ni en la vida personal, ni social, ni en la pública, la de la polis, cabe ampararse en las dificultades para dar por zanjada la situación.

Desde luego no faltan razones para el desaliento, pero tampoco para no entregarse a él. Si detuviéramos nuestra dedicación y nuestro esfuerzo para concentrarnos en la mera contemplación de lo que nos desagrada, no haríamos sino entronizarlo definitivamente, para satisfacción de quienes no encuentran incomodidad en lo que ocurre, incluso disfrutan o se aprovechan de la coyuntura.

¹ Conferencia impartida en el acto inaugural del «Encuentro por la convivencia universitaria» organizado por la CRUE y la Universidad de Burgos con la colaboración de la CEDU y celebrado el día 16 de mayo de 2024 Día Internacional de la Convivencia en Paz .

Nunca fue fácil. No podemos estar a la espera de ser liberados de esta condición por alguna genialidad salvífica exterior.

Educación para decidir, para debatir, para disenter, exige moverse en el terreno de los motivos, de las causas, de los argumentos, de las soluciones para ser capaces de comprender las coyunturas.

Propiciar un tono constructivo y crítico exige evitar el trato paternalista y recordar que sin capacidad de soñar no se es en verdad realista. Y sin capacidad de luchar por lograrlo, tampoco, frente a modelos cortoplacistas y depredadores.

De ahí que en la situación de mayor incertidumbre es precisamente cuando se hace más urgente el conocimiento. Y empezar por cuidarse y desarrollarse, por formarse permanentemente, lo que incluye combatir el deterioro que consiste en entregarse sin más a lo que ocurre y nos ocurre, como inevitable e inexorable. Llamar realismo a esta claudicación es ya la pérdida de todo camino de formación. Eso es tan desalentador como el de quien estima que todo va bien. En ambos casos, el mismo proceder paralizador.

El desaliento es siempre maleducado y provoca contagios peligrosos. También se aprende a tener un proceder insolidario y resignado y algunos discursos, que parecen promoverse en nombre de la mejora, propician la pasividad de dejarse conducir.

El carácter civilizatorio de la educación y la creación de un clima y de una dinámica de confianza son decisivos. Es cierto que a veces la realidad se basta para desalentar, pero no lo es menos que también hacen su trabajo los peritos en desanimar, los expertos en acomodar.

Algunos consideran un signo de eficacia y de contundencia el ser una persona implacable, no andarse con miramientos, y a eso le llaman determinación. Compadecerse sería una debilidad.

Saber convivir tendría más que ver con la capacidad operativa de aposentarse, con las técnicas y los procedimientos, con los mecanismos, incluso con las artimañas conducentes a lograr determinados objetivos acomodados.

Todo ello se desarrollaría en un mundo regido por sus propias reglas, en el que sería preciso iniciarse mediante un adiestramiento para poder desenvolverse con éxito.

Llamaríamos a eso un proceder lógico, y la racionalidad y la ética regiría los comportamientos de los ingenuos. Ya se sabe, se diría: "es la vida". Una coartada para proseguir en las andadas.

Las personas que se desenvolvieran en estos entornos abrían de aparcas los sentimientos, dejar de lado los afectos y no distraerse con pensamientos excesivamente cuidadosos.

Considerar que alguien es entrañable e incluso bueno, alguien íntimo y muy afectuoso, podría valer para algunos gestos, para determinadas apariciones pú-

blicas y mediáticas pero, en definitiva, constituirían un déficit para llegar a ser una persona de éxito.

Y aquí irrumpimos con todas nuestras inocencias y, si se desea, llámense ingenuidades, pero bajo la advocación de un atrevido pagano, Marco Aurelio, hombre comprometido, activo, guerrero, pensador recordamos que preguntado sobre cuál era su oficio, contesta sin titubear: “ser bueno”.

¿Se puede ser buen ciudadano sin ser un ciudadano bueno?, incluso ¿ser bueno es un problema para ser consistente?, ¿es una debilidad?

Pero ser bueno no es una mera cualidad moral. Ni la ética es simplemente algo interior, sino que es la capacidad de vivir por y para sí mismo y los otros, y de cuidarse de ello, en instituciones justas (Ricoeur).

Ser bueno es generar bien. Si se quiere, bienestar en todos los sentidos. Y procurar paz, personal y social, física y espiritual, corporal y anímica. Hasta el punto de verse afectado en la propia salud por el malestar ajeno. Y estar abierto a incorporar desde su hospitalidad a quienes, como Homero dice, “viven, sin fraternidad, sin ley y sin hogar”.

El buen compromiso, el compromiso bueno, la adecuada convivencia, la que genera bien, sitúa en el corazón de su tarea a los otros, se cuida del daño afligido por desatención o por descuido y entiende que frente a tantas voces silenciadas y acalladas es decisiva la lucha contra la desigualdad, contra la inequidad, y a favor de la no discriminación: trabajar por los más vulnerables.

Y es aquí donde lo entrañable viene a ser amabilidad trascendental. La capacidad de generar condiciones de posibilidad, de procurar estructuras instituciones y posibilidades para el bienestar. Y defender los derechos como fuerzas motrices y motivadoras para mejorarnos y mejorar a la sociedad. Y en esto no cabe pasividad, ni apatía, ni quietud. Los derechos solo lo son si se confirman. Si no se trabaja por ellos no se sostienen, se hiela el corazón, se tornan abstractos y decaen como estímulos de libertad. Y se seca su capacidad de procurar espacios de convivencia.

Tal vez sólo se puede ser entrañable con alguna voluntad de transformación del mundo. Ahora bien, no olvidemos lo que Octavio Paz nos dice: “el bien, quisimos el bien: enderezar el mundo: no nos faltó entereza, nos faltó humildad”.

Y aquí resuenan las palabras de Passolini: “No te dejes tentar por los campeones de la infelicidad, los de la cara de vinagre y la ignorante seriedad. Sé alegre”.

La ternura de esta alegría y de esta rebeldía, combaten la arrogancia o el ensimismamiento, los de creer que uno lo sabe ya todo y mejor que los demás, que no necesita de nadie, que en definitiva ignora o desconsidera al otro. Entonces, la cuestión de la convivencia tiene mayor alcance.

En última instancia, sólo quien es entrañable asume la diferencia y la diversidad, la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia. Sólo quien es entrañable es tolerante. Sólo quien es entrañable es capaz de aprender a escuchar y de aprender a esperar. Es capaz de compasión y de generosidad.

De ahí que la gran cuestión es la de procurar espacios de convivencia y exige la disposición a decidir, la determinación para tomar posición en espacios en los que es difícil excluir la duda y la incertidumbre. Y comprender es el máximo desafío. No se trata solo entender lo que pasa, es cuestión de hacerse cargo de lo que ocurre. Y de afrontarlo.

Se trata de abrir el espacio de la comprensión de lo que Albert Camus denomina gloria: “el derecho a amar sin límites”. Y aquí el quehacer entrañable alcanza a la totalidad de una vida: “Hay que guardar intactas, dentro de uno mismo, una frescura, una fuente de alegría; amar al día que escape a la injusticia y volver al combate con la luz conquistada”.

Lo entrañable se opone a los furores adolescentes. Es otra cosa, y tiene más que ver con lo que Eugenio Trías denominaba la capacidad de acercarnos a lo que nos desborda hasta sentir el calor y el fuego del amor. No construiremos ninguna sociedad de convivencia sobre el resentimiento, que tanto nos ha alcanzado y que tanto domina y se impone.

¿Qué nos trae aquí, que nos acerca unos a otros? ¿Hemos de dejar nuestro espíritu y nuestra alma a la entrada de la sala? Es la buena acción, la que nos vincula, es lo sustantivo.

Nos mueve una insatisfacción y una voluntad. La insatisfacción de que no nos gusta lo que pasa, ni en esta sociedad, ni en el mundo. Y la voluntad de trabajar para que no ocurra esto. No basta describir lo que ocurre, hemos de hacer que no pase lo que pasa.

Hay una seria ignorancia, una severa desigualdad, guerras, hambres y esto nos duele y es injusto. Y eso no basta. Con ello, no hay paz. Nos mueve y nos moviliza el afán de justicia, la solidaridad, la revolucionaria e ilustrada fraternidad, la que lucha por lo justo. Esta convicción habita lo más íntimo de nuestro ser.

Pero no seremos capaces solos. Únicamente se es entrañable con los demás y por ellos. Entrañable no solo desde sí mismo hacia sí mismo, como si se tratara de un mero sentimiento personal; entrañable hacia el otro, para con el otro, con otros, por los otros. Y por eso hablamos de una dimensión social de lo entrañable. Sin ellos no nos reconocemos y su vulnerabilidad nos hace comprender también la nuestra. Nos unimos, nos reunimos, nos asociamos y aquí estamos, dispuestos. Nos organizamos para que la acción entrañable sea más eficiente y solvente.

Hemos de buscar juntos. El peligro son los emocionados visionarios. Basta de consignas, recetas, eslóganes, o titulares. Basta de simplismos, sin alma, sin aliento, con mente de conquistadores sin capacidad de persuasión.

Pero retengamos nuestra euforia. La acción entrañable exige una forma de vida singular. Y nadie dirá tu palabra. Singular sí pero con otros. Solo esto nos permite decir nosotros, decir nosotras.

Ser una persona entrañable y de convivencia es saber apreciar, reconocer y agradecer el legado recibido y respetar la memoria de quienes nos han abierto paso y procurado espacio. Ser entrañables con ese legado es recrear lo recibido y, si somos capaces, mejorarlo.

Y ello exige pasión por la palabra justa, abierta al otro, que nos libera del maniqueísmo barato, y enfrenta el extremismo y el fanatismo, ante quienes son incapaces de dudar.

Es preciso estar cerca, cara a cara, de tú a tú, sobrellevar la mirada y la palabra ajenas, próximos ante el rostro del otro, con él, con ella. Cerca de su mirada y de su palabra tantas veces acallada y silenciada ¿Es un mero estado de ánimo? Es reconocimiento mutuo. Se requiere responsabilidad, responder a la novedosa singularidad, pero “bajo el primado de la libertad y de la justicia” (Lévinas).

Son tiempos difíciles y complejos que exigen motivos, emoción y acción. Pero no basta la acción social, hace falta la relación social. Estamos empeñados en preservar una distancia, en mantener a los demás a buen recaudo, en evitar el contacto, el contagio, la contaminación, en definitiva, la relación.

Sí, ciertamente hemos de salir al encuentro. Como el Capitán Achab en el *Moby Dick* de Melville. Hoy nuestra ballena blanca es la desigualdad (gestionada, propiciada y controlada) y para el ser entrañable merece la pena arriesgar el vivir, dedicar el vivir para afrontarla.

Y no basta con ser estratega, calculador, tacticista, habilidoso, para que podamos hablar de dotes para la convivencia.

No podemos caer en el cinismo aparentemente inocente de abrir un abismo que separe el idealismo moral del realismo político. Hemos de ser razonables y responsables. Y el ser humano no es nunca un medio, es siempre un fin. Y esa es nuestra autonomía, porque nadie es superior a otro. Sólo quien es entrañable puede realmente tener sentimiento de injusticia y eso no es ninguna debilidad; es, en todo caso, una fecunda fragilidad. Y desde ella hemos de decidir.

Ciertamente no estamos satisfechos de la historia de esa ausencia, de semejante olvido del otro, de su alteridad, de quienes son víctimas. Y a veces no tenemos ni siquiera el relato de su silencio. Nos falta la voz de quienes no tienen más voz que la voz de su necesidad.

La acción de la convivencia persigue una síntesis improbable, algunos dirán que inviable, imposible, entre el amor y la justicia. Y, entonces, el perdón cobra la fuerza de un verdadero misterio. Y así el desafío llega hasta lo que para Ricoeur es la plena culminación de lo humano, su desbordamiento. Pero también hay en todo ello un reconocimiento de las propias limitaciones.

Cuando la palabra no es patrimonio de nadie, de ningún individuo ni de ninguna formación, cuando la palabra es acuerdo (siempre con alguna discordia), nos movemos en el terreno de lo deseable y de lo discutible y se requiere una decisión compartida: la de ir juntos tras algo, en ocasiones por crear.

Pero ni siquiera esto basta, se precisa compasión y generosidad, en todos nuestros códigos, y esta tarea es muy difícil, interminable. Por eso nos reunimos en encuentros como este, buscando compartir experiencias y conocimiento.

Hemos de vincular el conocimiento con la iniciativa social e institucional para realizar una labor común y colectiva. El mayor enemigo de la convivencia entrañable y de la verdadera paz es la pobreza. En todas sus modalidades. Es la mayor injusticia y la mayor soledad. No hablamos sin más de la justicia que se imparte o reparte, sino de la justicia que se distribuye. Nuestro mejor aliado, los derechos, no coagulados y congelados. Son ocasión: igualdad de derecho, igualdad de oportunidad. Nuestra principal preocupación, los seres humanos. Todos y cada uno, todas y cada una, su dignidad y su bienestar. Su singularidad y su diferencia. Esa es la vía de la paz.

Y para este quehacer entrañable, lo prioritario son los más vulnerables, los más necesitados, los más desprotegidos, los más indefensos, los velados, los tapados, los callados, los más pequeños... y no solo en edad, también en posibilidades. No hay verdadera convivencia sin ellos.

Hoy se habla, así mismo, de modo explícito de quienes se desenvuelven, no sólo en contextos vulnerables, sino explícitamente vulnerabilizados. Son las condiciones y los factores de exclusión o discriminación los que hacen que muchas personas y grupos de personas vivan en esta situación de vulnerabilidad que afecta a sus derechos humanos. Esa convivencia sería estrictamente selectiva y, en ocasiones, discriminatoria.

Si hablamos de insoportable inequidad no es como gesto de ñoñería y abstracta moralidad sino como reivindicación de la ética, de la justicia, de la libertad y del amor como consideración para con el otro y para con su palabra. Sólo si nos importan los demás, si nos importamos, podemos caminar juntos. Y únicamente así cobra sentido la convivencia.

El verdadero obstáculo es el individualismo disfrazado de liberalidad, es decir, el egoísmo. Frente a ello, la convivencia entrañable reivindica lo común, el acuerdo que prima el bien común.

Es necesario recordar con Aristóteles que “el que no puede vivir en sociedad o no necesita nada para su propia suficiencia, no es miembro de la ciudad, sino como una bestia o un dios” y no lo somos, creo, espero. Así nos lo recuerda el oráculo de Delfos: “conócete a ti mismo”; o dicho de otro modo: “¿pero quién te has creído que eres?”, “no somos dioses, ¡reconoce tus propios límites!”.

No es cuestión de aniquilar las diferencias, ni de uniformizarlas, ni de homogeneizarlas. Lo común es la clave de la comunidad y de la comunicación, y el olvido de lo común es la antesala del olvido de lo público. Si no incorporamos a quienes son vulnerables, la comunidad no será la comunidad de los diferentes, sino de los indiferentes.

Es preciso dar sentido humano a cuanto nos sobreviene, emplazarlo a la medida de los hombres y de las mujeres. En eso consiste el sentido de la dignidad. Solo así habrá paz social.

Sin estas convicciones no es posible un mundo entrañable. Hemos de obrar por implicación, por solidaridad, por humanidad, incluso por vergüenza. Para ello se requieren convicciones, que no son solo estados de ánimo, ni meras obsesiones ni ocurrencias, recurrencias o recursos. Las convicciones nos configuran, nos constituyen y nos conforman. Han de destellar en nuestra forma de vivir. Y la forma de vida es la verdadera palabra, la más importante palabra.

Ya no se trata de hablar en el lugar de los otros, de ellos, de los más vulnerables, sino de crear condiciones ajustadas y justas para su propia palabra.

Y ante la enfermedad del oído se requiere otro modo de escucha, otro modo de atender, de considerar y de comprender. Basta de coartadas y de excusas. La implicación con los demás nos lleva, más allá del discurso quejumbroso, a decir: «¡contad conmigo!». Como señala Paul Ricoeur: “Me voici” ¡Aquí estoy!

Ahora bien, siempre, incluso cuando estamos abiertos a los otros, incluso cuando estamos de acuerdo con ellos, no falta una distancia que hemos de saber recorrer.

La verdadera diferencia radica en tal caso también en la capacidad de verse afectado, en la realidad con el otro, para con el otro, y no sin más en la mera actividad de lo que hacemos. No es solo lo que pasa, es asimismo lo que nos pasa. La acción apática, la que parece realizarse sin concernirnos, es desconsideración para con los demás, pero también para con nosotros mismos.

Hagamos la experiencia de ser a la vez otros para nosotros mismos. Si no acogemos esa diferencia que nos constituye, esa suerte de extrañeza en nuestro propio ser, no seremos capaces de lograr la hospitalidad para con los demás.

Hegel nos muestra hasta qué punto no ha de confundirse la individualidad abstracta con la concreta singularidad. Y este distingo se basa en ignorar o no la dimensión común y comunitaria.

Con modalidades más o menos sofisticadas de egoísmo, entonces, también lo común se reduciría a una forma, en mayor o menor medida imperial, de lo individual.

No es cuestión sin más de sentir una mayor emoción o de impresionarnos, sino de ser alcanzados por la alteridad del otro, de la otra, hasta el punto de alterarnos. No toda alteración es un trastorno de la medida.

Quizá por ello, no basta haber ido a la Universidad para ser universitario.

El carácter de universalidad de los saberes en su conjunción lo es también de fuerzas y de recursos, la universalidad de los seres humanos. La capacidad de aglutinar agentes, entidades, organismos, instituciones, de compartir conviccio-

nes y proyectos, y de procurar medios, muestra la apertura y eficiencia para la tarea. Una Universidad aislada simplemente no es una Universidad.

Es imprescindible que las universidades sitúen el conocimiento, la innovación y la transferencia en el centro de las políticas sociales y trabajen conjuntamente para propiciar la transformación de los entornos, del país, y no sólo, también dando respuesta a las necesidades y demandas sociales.

Sin embargo, nada será posible sin la implicación personal, singular, insustituible, en el estudio, en la investigación, en la enseñanza, que comportan todo un modo de vivir. Sin ella, poco cabría hacer efectivamente para contribución socioeconómica de las universidades en sus territorios y zonas de influencia. Por eso, la cuestión no es sólo de universidades, es de universitarios.

Los grandes retos globales han de abordarse conjuntamente, con la convicción de que la educación, la promoción del estudio, de la formación, de la ciencia, de las artes y de la cultura son el motor del desarrollo y del conocimiento, la mejor política socioeconómica. Ya hemos repetido y sabemos que sin ciencia no hay conciencia y de ahí la importancia de la Universidad.

En una sociedad que en tantos ámbitos ha hecho del éxito, del poder y de la riqueza objetivo y sentidos absolutos, la Universidad crítica ha de ser un espacio de reivindicación y de ejemplaridad, de la dignidad, de la honradez, del trabajo bien hecho, de la amable cordialidad, de la escucha, con cordialidad, con coherencia, con fuerza y con eficacia en su acción. La Universidad ha de estar siempre comprometida con la paz.

Puestos a emprender, a tener iniciativa, a correr riesgos, también habrá de procederse para procurar un mundo más digno, para combatir el hambre, la pobreza, la desigualdad y la injusticia. Eso es radicalmente universitario. Y, desde luego, hay mucho que hacer.

Precisamente por eso, hace falta recomponer un nuevo pacto social basado en el conocimiento. Y pacto supone un tratado de paz (pango).

Donde haya un problema social, ambiental, político, económico, ha de estar la investigación y la universidad, ha de estar el conocimiento. Es imprescindible para abordar el desafío del tiempo presente. Las universidades han de ser espacios de referencia en todos los sentidos, por la generación, transmisión del conocimiento, que es el principal valor, la gran posibilidad. Conocimiento y formación es el único camino. Para ello la Universidad no ha de dejar de ser nunca universitaria.

“Las universidades son un lugar privilegiado de formación y de, al mismo tiempo, un espacio crítico en el que pueden abordarse los retos a los que nos enfrentamos, experimentar respuestas y generar puentes de colaboración y de acción con el interno social más cercano y con otras muchas universidades y centros de investigación de todo el mundo” (Exposición de motivos). Si “ha de ser una Universidad equitativa”, un “espacio de libertad, de debate cultural y de desarrollo personal”, cabe plantearse si objetivos tales como “la condición de las universidades como

agentes de creación y reflexión cultural, así como de protección, conservación y difusión del patrimonio histórico y cultural del que son depositarias” son posibles. Dado además que, “por otra parte, las universidades se configuran como actores clave en la promoción y fomento de la diversidad y riqueza lingüística de nuestro país en el desarrollo local y en la cohesión territorial en un contexto de lucha contra el cambio climático” (Título I, Art. 2) Ley de Convivencia Universitaria de 24 de febrero de 2022.

La Universidad dice desde su propia palabra ese acuerdo de convivencia de la pluralidad, en una paz que no aniquila la diferencia. Derecho a la diferencia, sin diferencia de derechos.

Siempre hemos considerado que la convivencia es un desafío cuya raíz descansa en que somos diferentes. Si fuéramos idénticos la propia convivencia se vaciaría de sentido.

No es, por tanto, un idílico pacer en una misma pradera, ni una pacífica coexistencia en el que quede desdibujado el vivir. Ello exige comenzar por dejar de confundirla con un remanso beatífico de cánticos. Vivir con otros es sustantivamente difícil.

Frente al individualismo y el egoísmo, como máxima expresión de la incapacidad social y política, la responsabilidad es la de generar exigencias comunes, es decir, de comunicación y de comunidad. Lo interesante es luchar por algo, por alguien, con alguien.

Podría pensarse que el enemigo de la igualdad es la diferencia. Pero más bien la diferencia se contrapone a la identidad. Lo que contraviene la igualdad no es estrictamente la diferencia, sino la desigualdad. Y la hay, y mucha, y dura, y frontal. E inaceptable. La desigualdad es el rostro desdibujado y no pocas veces acallado de la violencia.

La igualdad no es un simple horizonte. Además, fundamentalmente, como base de los derechos humanos, nos constituye e instituye nuestra libertad.

No es, sin más, una suerte. Es una condición para vivir y caminar. Y aún, en demasiados ámbitos, con frecuencia inasumible, no hay igualdad. En nuestro entorno, y no solo. No olvidemos su alcance universal. Sin ella, la convivencia es una caricatura de la paz. Los derechos son universales.

Y no basta la actitud y el tesón, tan necesarios. En medio de tantos e importantes debates sobre los resultados, no hemos de ignorar lo que significa la igualdad de oportunidades, de género, de trato, ante la ley, social, de razas... que preserva el sentido mismo de la igualdad como aequalitas, es decir, como decisión y acción y que permite hablar de lo que es justo. La necesidad de políticas y modelos inclusivos muestra bien descarnadamente lo que está por hacer.

Encontrarse con alguien puede ser tanto oponerse o enemistarse con él, discordar, como coincidir. Y tal vez porque en el corazón de todo verdadero encuentro se halla una distancia que a la vez se preserva y se recorre. Dicho coincidir o con-

venir no es dejar de sentir que algo nos enfrenta. Sólo nos podemos encontrar con quien en cierto sentido está en contra, lo que no impide dar con él, con ella, y atender sus consideraciones y sus posiciones. Y respetar sus creencias, sus convicciones y su modo de vida.

La hospitalidad es también un polémico conflicto, no la indiferente aceptación acrítica de cuanto llega. Con ello se articula la efectiva relación entre hospes (que recibe al extranjero) y hostis (aquel con quien tratamos, el que llega). Ambos términos son dobles en sí mismos, porque hospes es precisamente quien en cada momento se reconoce en parte extranjero, a saber, hostis. Nosotros mismos, cuando somos huéspedes, en el sentido de los que dan hospitalidad, si lo somos es porque nos reconocemos siempre como hostis, o sea, también como extranjeros. Precisamente por ello, es decir, porque siempre nos reconocemos a nosotros mismos también en esta condición, es por lo que podemos ser hospedadores y reconocer al huésped, el hostis». Massimo Cacciari, «La paradoja del extranjero», Archipiélago, 1996.

Reconocer y preservar esa distancia es determinante para que estar enfrente no suponga confrontamiento, ni encontrarse sea un tropiezo o un encontronazo. Sin confrontación no hay verdadero encuentro. Pero esa confrontación ha de ser un lugar de paso, no de residencia. Ha de venir a ser un contraste de ideas, aunque también de actitudes, de valores, de objetivos, y requiere un ámbito suficientemente cordial y, por supuesto, buena voluntad. Solo así cabe hablar de comunicación. Y de paz. Incluso reconocer los desacuerdos y ser capaz de establecerlos ya supone un modo de encuentro, que permite definirlo.

El encuentro no es una mera casualidad, sino el resultado de toda una labor consigo mismo y con los demás, para comprendernos mutuamente. Conviene no dar por supuesto que nos encontramos con tanta frecuencia como nos vemos, quedamos o coincidimos. Convivir en paz es una tarea permanente. Y acordar requiere ese corazón dispuesto a la concordia.

Gracias por este encuentro en el Día Internacional de la Convivencia en Paz. Gracias rector, gracias a las universidades de Castilla y León, a sus defensorías, y especialmente, a la Universidad de Burgos. Gracias a la comunidad universitaria.